

LAS EXPLOSIONES ATOMICAS Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES

En agosto de 1945, al hacer pública la destrucción de Hiroshima, dijo el presidente Truman: "Es una bomba atómica... La fuerza de la que el sol extrae su poder se ha dejado libre contra aquellos que llevaron la guerra al Extremo Oriente... Hemos gastado dos billones de dólares en el juego científico más grande de la Historia... y hemos ganado."

La guerra se acabó; pero continúa el juego científico y también el político.

Al anunciar a su pueblo tan tremendo acontecimiento se dirigió así a sus conciencias: "Demos gracias a Dios porque ha venido a nosotros en vez de a nuestros enemigos y pidámosle que nos guíe para usarla por sus caminos y para sus fines." El aspecto moral del grave problema queda indicado en esas palabras.

Puesto que la utilización en gran escala de los explosivos atómicos puede poner en peligro la existencia misma del hombre, el aspecto moral es inseparable del examen de la cuestión desde cualquier ángulo, por lo que en el análisis político de que se ocupan estas líneas no debe sorprender que surjan a veces referencias a su aspecto moral.

Por de pronto, estos estudios de la ciencia física y los conexos de la matemática, de la astronomía y de las ciencias naturales han suministrado pruebas profundas de la existencia de Dios, que Su Santidad recoge en el inspirado y bello discurso que dirigió el 23 de noviembre de 1951 a los miembros de la Academia Pontificia de Ciencias. La ciencia moderna ha logrado fijar el tiempo de creación del universo y ha probado que ese mundo envejece tanto en el macro como en el microcosmos. En el transcurso de millones de años (son las palabras del Romano Pontífice), incluso la cantidad de núcleos atómicos, aparentemente inagotable, pierde energía utilizable y la materia se avecina, hablando figuradamente, a un volcán apagado y escoriforme. Este proceso, que se aplica a la naturaleza toda, puede

ser precipitado hoy por la intervención del hombre que ha logrado penetrar en algunas de las más profundas fuentes de energía.

Pío XII pide a Dios para todos sus hijos luz en la vida del tiempo, luz en la vida de la eternidad. Hay que esperar que el Altísimo escuche tanta plegaria e ilumine las mentes de los que con sus decisiones públicas pueden hundir a la humanidad en una larga noche. En lo más profundo de los corazones de todos los hombres, junto a ese temor que la razón impone, vive la secreta esperanza en el buen fin a que llevan los caminos ocultos elegidos por Dios.

LA BOMBA DE URANIO

En el mes de julio de 1945 tuvieron lugar dos acontecimientos históricamente capitales y en cierto modo relacionados entre sí: la conferencia de Potsdam y la explosión de la primera bomba atómica en las pruebas del desierto de Nuevo Méjico. Este éxito final de largos trabajos fué telegrafiado urgentemente al presidente Truman, que, de acuerdo con Mr. Churchill, ordenó al general Spaatz, general jefe del Estado Mayor del Aire, que dejara caer una bomba en cada una de las dos ciudades japonesas que se eligieran de entre cuatro señaladas por su importancia y en la fecha que se estimara más oportuna después del 3 de agosto. Las ciudades elegidas fueron Hiroshima y Nagasaki, y los días, 6 y 8 de agosto.

La bomba que se dejó caer en Hiroshima había sido fabricada utilizando una cierta clase de uranio, el U. 235, y la de Nagasaki se produjo a base de plutonio, derivado del uranio. La energía que se obtiene de estas sustancias procede de la división de sus átomos en dos porciones, por la acción de un neutrón, partícula de muy poco peso, que no existe libre en la naturaleza. La división de un átomo origina nuevos neutrones que, a su vez, parten otros átomos, cuyo proceso se repite en progresión geométrica, dando lugar a lo que se denomina reacción en cadena; la explosión es el resultado de la liberación simultánea de tanta energía.

Todos los países industriales que se vieron envueltos en la guerra 1939-45 (con la excepción de Rusia, que entonces no estaba industrial y científicamente a la altura) emprendieron desde el primer momento trabajos de investigación atómica con fines bélicos. Es importante hacer notar que estos trabajos, sean quienes fueran los que en ellos intervinieron y sean quienes

han sido los promotores, llegaron a un resultado práctico en los Estados Unidos. Todas las notables investigaciones fundamentales pudieron contrastarse con experiencias y se llegaron a resolver los graves problemas teóricos y prácticos del "tamaño crítico", de la eficacia y de los efectos destructores de la bomba, porque los Estados Unidos pusieron a disposición de un plantel de investigadores americanos y europeos, los laboratorios e instalaciones de las empresas, corporaciones y Universidades mejor dotadas del mundo en capital y elementos técnicos. Y se pudo conjugar todo ello gracias al acierto organizador del general Groves, a quien se encomendó la empresa por el ministro de la Guerra, Stimson.

La bomba que se probó en 16 de julio de 1945 en el desierto de Nueva Méjico desarrolló una energía equivalente a 20.000 toneladas de un explosivo normal; el calor producido fundió la arena del desierto en un vidrio verdusco, y las radiaciones, la fuerza de la onda, etc., resultaron ser casi exactamente las previstas.

El primer efecto político fué el buscado: la rendición del Japón. La bomba de Hiroshima se dejó caer el 6 de agosto y la de Nagasaki el 8; el 10, la radio de Tokio anunció que el Gobierno japonés estaba dispuesto a aceptar las condiciones de la declaración aliada hecha desde Potsdam el 26 de julio.

La segunda consecuencia política fué la entrada de Rusia en la guerra contra el Japón, junto a americanos e ingleses, el 8 de agosto, dos días después de que cayera la primera bomba y dos días antes de la rendición del Japón. Este hecho tiene un gran interés, examinado a la luz de los acontecimientos posteriores. Se ha negado la ineludible necesidad y hasta la utilidad militar del empleo de la bomba atómica, porque al decir de ciertas fuentes (Arnold, Nimitz e informes oficiales), el Japón se consideraba vencido y estaba decidido a rendirse, siendo tan sólo cuestión de tiempo y oportunidad. La revelación de los acuerdos de Yalta ha reavivado esta polémica excitando las pasiones; pero sin traer nuevos elementos de juicio sobre la cuestión fundamental.

Enjuiciándolo con serenidad no conviene olvidar que Rusia no estaba aún en guerra con el Japón (a pesar de su compromiso de Yalta) y que, habiendo terminado el conflicto bélico en Europa con la rendición de Alemania, le quedaban las manos libres en el Extremo Oriente. Considerando lo que más tarde ha sucedido en China, en Corea y en Indochina, sin contar las difíciles situaciones por que se ha pasado en Indonesia, Birmania

y Malaya, la anticipación en varios meses de la rendición del Japón ¿no pudo evitar un desastre y una victoria total comunista en el Extremo Oriente? ¿No podría haber sido el plan de Rusia no actuar hasta que americanos e ingleses se hubieran agotado en el asalto final, para intervenir como árbitro decisivo? Churchill declaró en los Comunes el 16 de agosto que, de haber sido necesaria la invasión, se calculaba que hubiera costado 1.000.000 de vidas a los americanos y 250.000 a los ingleses. Esta declaración pudo haber sido hecha sinceramente o para justificarse ante el mundo del empleo de la bomba; en cualquiera de los dos casos confirma el valor político de las espantosas explosiones de Hiroshima y Nagasaki, en relación con los planes de la Rusia soviética en el Extremo Oriente.

La bomba de uranio americana no sólo hizo fracasar en gran parte los planes soviéticos de aprovecharse de la revolución en marcha de las razas asiáticas; también Europa se libró de ser ocupada por Rusia en 1945-47, gracias a que los Estados Unidos eran el único país que entonces estaba en posesión de la bomba atómica. Este hecho acaba de ser reconocido oficialmente por lord Ismay, secretario general de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, en la memoria que ha publicado el 1 de noviembre de 1954, sobre los cinco primeros años de la O. T. A. N. (1949-1954). Sin la bomba atómica, la declaración Truman no hubiera salvado a Grecia y Turquía, ni el discurso de Marshall habría detenido el avance del comunismo sobre Austria, Alemania y todo el Occidente de Europa. La U. R. S. S. mantenía en pie de guerra un ejército de cuatro millones y medio de hombres, equipados, en su mayor parte, con las armas más modernas. Los países satélites se organizaban según el modelo soviético. Las industrias de guerra rusas funcionaban a pleno rendimiento. "Frente a esta amenaza, dice lord Ismay, el Occidente sólo disponía de fuerzas poco numerosas, mal coordinadas y dotadas de un material moderno insuficiente. *De no ser el hecho de que América poseía la bomba atómica, nada hubiera podido oponerse a una eventual invasión de Europa occidental por los soviets.*"

* * *

En los años 1945-1949, en que Norteamérica es el único poseedor de bombas atómicas, se perfila acusadamente una línea de separación de los poderes políticos del mundo. De un lado, Estados Unidos, y del otro, la U. R. S. S. Alrededor de una y otra potencia se asocian, alían o someten

la mayor parte de las naciones, matizando la asociación según sus condiciones privativas nacionales. Sea la alianza más o menos estrecha, poco a poco el mundo entero va tomando posiciones, voluntaria o forzosamente, en relación con la lucha que opone a aquellas dos potencias que salieron fortalecidas de la última guerra.

Los partícipes anglosajones de la victoria de 1945 no reconocieron oficialmente la mala voluntad de la U. R. S. S. hasta la Conferencia de Moscú (10 de marzo a 24 de abril de 1947). A pesar de las ocupaciones de Polonia, Rumania y Hungría, los occidentales esperaban encontrar unas bases de colaboración; pero el fracaso de la Conferencia de Moscú, la repulsa por Rusia del Plan Marshall, la formación del Kominform, el "golpe de Estado" de Praga, etc., dividieron los campos de manera que sólo los ingenuos "panglosianos" parecían ignorar. ¿Por qué Rusia siguió una política tan declaradamente opuesta a la colaboración internacional para resolver los innumerables problemas que dejó la guerra?

Si la U. R. S. S. hubiera colaborado con sus aliados anglosajones habría obtenido indiscutibles ventajas de todo orden y establecido sólidamente sus organizaciones de infiltración comunista en la mayoría de los países; pero se habría obligado a colaborar también en la reducción de armamentos y especialmente en la prohibición de fabricar y usar bombas atómicas y en la consiguiente vigilancia e inspección internacional de todo lo que se refiere a la energía atómica. Resultaba evidente para los conocedores de los hechos fundamentales en el reparto de poder mundial que el poseedor exclusivo de la bomba atómica hubiera podido decidir por sí solo la mayoría de las cuestiones. Los hechos van demostrando que Rusia lo entendió así, comprendiendo que el desarme y la renuncia al arma atómica, aun en un plan de igualdad con los Estados Unidos, equivalía a abandonar los proyectos de dominación universal por dos razones:

1.^a En caso de crisis Estados Unidos, que había fabricado varias bombas, podía fácilmente montar de nuevo el tinglado, mientras a la U. R. S. S. le faltaría tiempo para resolver los primeros problemas prácticos.

2.^a Las circunstancias de la política mundial eran lo bastante favorables a Rusia para que no pudieran imponérsele decisiones que le impidieran llegar en tiempo útil a la fabricación de la bomba. Aquellas circunstancias eran: primero, la debilidad de los occidentales en otras armas; segundo, la pobreza y la anarquía en Europa y en China, donde trabajaban

por cuenta de los intereses de la U. R. S. S. los partidos comunistas, y tercero, el derecho de veto en el Consejo de Seguridad de la O. N. U.

Observemos cómo se desarrolla la maniobra rusa, sirviéndose de su posición en la O. N. U. Al término de la guerra, la primera preocupación de los Estados Unidos fué ofrecer generosamente el desarme general, comprendido el atómico, lo que sólo podría lograrse en un acuerdo internacional que todo el mundo estuviera obligado a cumplir. Con tal fin, su primer paso fué la constitución de una comisión que redactó un plan muy completo. Se han estudiado y propugnado muchos otros planes; pero éste constituye la base del que presentó Baruch, en nombre de Estados Unidos, a la Comisión de Energía Atómica de la O. N. U. Abramos un paréntesis para advertir que, en virtud de los artículos 43 y 47 de la Carta de las Naciones Unidas, siempre revierten al Consejo de Seguridad las cuestiones de regulación de armamentos y posible desarme, y, en el Consejo de Seguridad, Rusia dispone del derecho de veto. Lo esencial del plan americano consiste en la creación de un organismo internacional, la A. D. A. (Atomic Develoment Agency) que habría de conocer y vigilar todas las fuentes de uranio y torio, y ser la única propietaria de estos metales, una vez producidos. Poseería igualmente todas las fábricas repartidas por el mundo y tendría el exclusivo derecho de hacer investigaciones sobre explosivos atómicos; los usos pacíficos de la energía del átomo serían libres bajo un sistema de licencias, utilizando materiales "desnaturalizados", suministrados por la A. D. A. Sus inspectores tendrían libre acceso a los lugares de producción y se les daría para su labor todas las facilidades. A medida que se fueren aplicando los sucesivos pasos que habrían de garantizar el funcionamiento efectivo de la Agencia, Estados Unidos iría revelando todos los secretos de interés. Tan pronto como se renunciara al uso de armas atómicas, que la vigilancia fuera efectiva y establecido el sistema de castigos para las infracciones, los Estados Unidos cesarían de fabricar bombas y destruirían las almacenadas. La Comisión de Energía Atómica de la O. N. U., en sus reuniones de junio-diciembre de 1946, examinó el plan americano y el ruso, así como varios otros no oficiales (el Instituto Carnegie, Universidades de Yale y Chicago, etc.). El informe que elevó a la Asamblea y al Consejo de Seguridad difería del plan americano en las menores atribuciones de la Agencia, a la que no se concedía la posesión de minas o materias primas.

La propuesta rusa tiene excepcional interés, porque deja traslucir el pro-

pósito de lograr la paridad estratégica en armas atómicas con Occidente, que ha seguido sin desviaciones desde que estalló la primera bomba en Hiroshima. Gromyko hizo dos propuestas concretas: 1.º—Un acuerdo internacional declarando fuera de la ley el uso y producción de armas atómicas. *La obligatoriedad de destruir todas las almacenadas o en proceso de fabricación en el plazo de tres meses.* Los Gobiernos se comprometían a promulgar disposiciones legales para el severo castigo de los que infringieran tal compromiso. *Más tarde se establecerían, de común acuerdo, medidas de inspección y vigilancia para asegurar el cumplimiento del tratado.* (Es decir, que Estados Unidos habría de destruir antes de tres meses todas sus bombas mientras se aplazaba “ad calendas graecas” la inspección de los trabajos rusos.) 2.º—Constitución de dos Comisiones: una para el intercambio de información científica básica con fines pacíficos, incluyendo los procesos técnicos para la obtención y uso de la energía atómica, y otra para preparar un proyecto de tratado poniendo fuera de la ley el uso y producción de todas las armas atómicas.

Rusia no aceptaba la creación de ningún órgano internacional que asegurara el cumplimiento de los acuerdos; para ella cada Gobierno debía ser responsable dentro de su territorio, y, añadía, si hubiera violación internacional, la Carta de la O. N. U. ha dado suficientes facultades al Consejo de Seguridad para castigar al culpable. La Comisión de Energía Atómica es un órgano dependiente del Consejo de Seguridad, y todo lo que disminuyera las facultades de este último y su regla de la unanimidad sería, según Gromyko, un intento de minar la Carta, y, por lo tanto, contrario a los intereses de las Naciones Unidas. Aunque reconocía la necesidad de una cierta inspección, estimaba que no era garantía suficiente de paz y estaba en oposición con la soberanía de los Estados. Así se ve al representante de la “patria del socialismo” defender el viejo principio de la soberanía, porque resultaba dialécticamente útil a la política que debía asegurarle la fabricación de la bomba “U”. “El principio de soberanía es uno de los pilares sobre los que se asienta la O. N. U.; si se tocara quedaría amenazado su futuro y su existencia misma.”

La historia del trabajo y del fracaso de la Comisión de Energía Atómica y de la O. N. U. en general, es la de las sucesivas maniobras con que Rusia logró ganar el tiempo indispensable para fabricar la bomba “U”. En junio de 1947, Gromyko propone un nuevo plan, liberando del veto ciertas actividades de rutina y detalle de la autoridad internacional. Siguen

las conversaciones, las negociaciones y los informes se suceden a las notas y a los informes. En la Asamblea de septiembre de 1947, nuevos discursos y nuevos planes, sin resultado. La Comisión reconoce su fracaso, y en 1948 llegó la cuestión al Consejo de Seguridad e intervino por primera vez el veto ruso. La Asamblea de ese año examinó otra propuesta rusa de desarme (un tercio de todas las armas, prohibición de las atómicas y vigilancia sometida a la autoridad del Consejo de Seguridad).

Con esta monótona danza y contradanza los rusos llegaron sin contratiempo al fin que se habían propuesto en 1945: la fabricación de la bomba "U", que fué probada, según testimonios de los que sería insensato dudar, durante el verano de 1949. Cálculos cuya exactitud es más difícil de garantizar, fijan en 300 el número de bombas "U" actualmente almacenadas en la U. R. S. S.

Si Rusia logró, con sus tácticas dilatorias en la negociación internacional, una posición de teórica paridad estratégica en armas atómicas (todavía no en la práctica), Estados Unidos se empleó en ese tiempo a favorecer el renacimiento económico del Occidente europeo (Plan Marshall) y a echar las bases de la reconstrucción de sus ejércitos. Con la ayuda económica y las derivadas de la doctrina Truman se ha logrado sustraer al comunismo en los países europeos el arma económico-social, y con la ayuda militar se ha fortalecido su propia seguridad e indirectamente la de Estados Unidos.

La O. T. A. N., para oponer una fuerza común a la de los ejércitos de Rusia y sus satélites europeos, nace y se fortalece a la sombra de Estados Unidos y gracias a sus depósitos de bombas "U". La Ley de Ayuda Militar para la Defensa Mutua fué firmada por el Presidente Truman el 6 de octubre de 1949, solamente dos semanas después de haberse anunciado públicamente que la U. R. S. S. había hecho explotar la primera bomba atómica.

Esta labor no hubiera sido completa sin el rearme alemán y sin la colaboración española; dos fines que los Estados Unidos han buscado desde que fueron definiéndose los objetivos de la política militar rusa en relación con las armas atómicas.

El Tratado de Bruselas de 1948 constituyó, por parte del Occidente europeo, la primera manifestación del espíritu de resistencia a Rusia, aunque expresado aún con tímidos eufemismos, que no engañaron a la U. R. S. S. (Vichinsky lo calificó de pretensión imperialista americana).

Este Tratado ha terminado por constituir el núcleo de la U. E. O., con la que se ponen las bases al rearme alemán, una vez que fracasó el plan de llevarlo a cabo por medio de la integración europea.

LA BOMBA DE HIDROGENO

Desde el punto de vista del arte militar, la bomba "U" implica una revolución tan importante como la que acarrió la invención de la pólvora. Para destruir Hiroshima bastó una bomba, o sea un avión, y para producir un efecto semejante en Tokio con bombas incendiarias hicieron falta cientos de bombarderos. A pesar de ello se necesitan muchas bombas "U" para aniquilar a un adversario. Por tal motivo, el que disponga de mayor número de ellas tendrá teóricamente una situación militar privilegiada. Tal ha sido la posición del Occidente frente a la U. R. S. S. desde 1949, en que ésta empezó a fabricar bombas "U"; pero la situación privilegiada del mundo libre está en juego y la lucha política es una carrera en que el Occidente se esfuerza por mantener la ventaja. En esos años los rusos no sólo han conservado su Ejército, sino que lo han modernizado y fortalecido, y han equipado a los países comunistas con armas modernas, uniformándoles bajo el mando de generales rusos. En este antagonismo, que se ha calificado de "guerra fría", la U. R. S. S. ha llegado a tantear la vitalidad y resistencia del mundo libre con la agresión a Corea.

Continúa la supremacía occidental porque los Estados Unidos tienen almacenadas, al parecer, muchas más bombas "U" que Rusia y porque las que obran en poder de la U. R. S. S. no son bastantes para producir una decisión por sorpresa y evitar represalias definitivas de su adversario; pero la situación se complica con un nuevo instrumento de acción militar: la bomba de hidrógeno, mucho más potente y de características muy distintas a la bomba de uranio.

La fuente de energía en la bomba "U", antes lo dije, proviene de la división de los átomos de uranio o plutonio; en la bomba "H" la energía se origina por la unión de dos átomos de hidrógeno. Esta combinación parece ser que crea un átomo de helio, con un tal desarrollo de calor que sólo se puede imaginar pensando que el mismo proceso tiene lugar en el sol, aunque en un ciclo perfecto, sin explosión. Una vez que se han resuelto los problemas prácticos, aseguran los técnicos que la bomba "H" se puede

producir en cualquier tamaño, aunque como mínimo tendrá el de la bomba "U", que se utiliza como detonador. Por ello, siendo el tamaño teóricamente sin límites, su potencia será ilimitada. A este efecto devastador hay que añadir el de la radioactividad, que por ahora parece importante. La consecuencia inmediata de sus características es que bastaría con un cierto número de bombas "H" para aniquilar al adversario, por cuya causa, contrariamente a lo que sucede con la bomba "U", una decisión militar no depende del mayor número de ellas. Puede ser cuestión de oportunidad y medios de transporte, una vez que se tenga la cantidad "crítica". Aunque se habla de otras bombas, como la de cobalto, cuyos efectos se suponen aún más terribles que los de la "H", hasta ahora no se sabe que haya llegado a producirse, y para el objeto de este escrito basta considerar la potencia y la radioactividad de la de hidrógeno.

Eisenhower anunció el 2 de febrero de 1954 que la primera explosión en gran escala de bombas termonucleares tuvo lugar en Eniwetok en 1952. En este mismo año, el general Carl Spaatz, que fué Jefe del Estado Mayor del Aire de Estados Unidos, comunicó al Comité de Guerra del Senado que Rusia dispondría de un depósito de bombas "H" en 1954. Malenkov, en su discurso del 8 de agosto de 1953, afirmó que "los Estados Unidos no tenían el monopolio de la producción de la bomba de hidrógeno". El 4 de octubre de ese mismo año, el señor Artuhr S. Fleming, Director de Movilización, decía en su informe trimestral, al Presidente de los Estados Unidos que Rusia puede dejar caer una bomba de hidrógeno en objetivos elegidos en América "inesperadamente". El pasado mes de enero, el almirante Strauss, Presidente de la Comisión de Energía Atómica, ha hecho declaraciones públicas reiterando que los soviets poseen la bomba "H" y afirmando que su progreso en armas atómicas es, o debe ser, la primera preocupación del mundo libre y que no es inteligente desacreditar su competencia científica. Ante estos y otros testimonios tan autorizados no es posible dudar que Rusia se encuentra en posesión de la bomba "H". Este grave hecho ha producido en el Occidente un desconcierto general.

Tras haber desencadenado una fuerza oculta de la naturaleza, cuyos efectos no se pueden limitar ni dirigir (especialmente los radioactivos), los hombres de ciencia pretenden que los políticos no la usen. En 1949 doce distinguidos hombres de ciencia americanos dirigieron una carta al Presidente Truman pidiéndole que el Gobierno de los Estados Unidos declarara solemnemente que no usaría el primero la bomba "H". No hay más

que una justificación, decían, para que la produzcamos, y es evitar su uso por los demás. Más recientemente, y de modo especial a causa de los efectos radiactivos de las pruebas de marzo de 1954, se ha hecho, y continúa haciéndose, gran propaganda contra dichas pruebas. La Federación de Hombres de Ciencia americanos ha pedido a sus autoridades que obtengan de la O. N. U. la constitución de una Comisión que establezca los daños que se siguen de tales experiencias, entre las cuales está la radioactividad con efectos mortales extendida en un área de 7.000 millas cuadradas y ha advertido del gran peligro que supone para la raza humana la continua liberación de elementos radioactivos que sigue a los experimentos de estas bombas. Ya en octubre de 1953 había pedido la Federación que el Gobierno americano publicara más información sobre los efectos de las bombas.

No son sólo los hombres de ciencia, los "pacifistas" y las organizaciones comunistas que contribuyen a crear el desconcierto en que hoy se vive, desde el punto de vista moral, a consecuencia de los efectos destructores de la bomba "H". Algunos, como los Gobiernos de la India y el Japón, han tomado posición internacional contraria a las experiencias con bombas de hidrógeno, y otros, como la Cámara italiana, han expresado el deseo ideal de que la energía atómica se emplee tan sólo para la paz y que se establezca una vigilancia internacional y reducción de armamentos. Rusia, insistiendo en su viejo plan de utilizar la O. N. U. para asegurarse la igualdad y, si es posible, la superioridad militar sobre Occidente, pidió el 12 de julio de 1954 que se prohibiera a Estados Unidos realizar nuevas experiencias de bombas "H" en las islas Marshall. Su demanda fué rechazada. En estos días se está reuniendo en Londres la Sub-Comisión de la O. N. U. para la reducción de armamentos, y, aunque aún no han terminado sus secretas deliberaciones, según se pudo deducir de la indiscreción intencionada de la delegación soviética, el plan ruso no ha variado esencialmente del que con monotonía han defendido desde 1945. Esta reunión es consecuencia de otro intento de reavivar la Comisión del Desarme hecho en la Asamblea de 1953 y recogido en la del año pasado.

Insensiblemente, por el camino de la O. N. U., hemos vuelto al terreno político. El 19 de marzo de 1953, en la Comisión Política, el delegado de Gran Bretaña hizo un informe sobre los adelantos de la Comisión del Desarme: La posición rusa no ha cambiado desde 1948; ahora, como entonces, pide la inmediata prohibición de las armas atómicas y un tercio de

reducción, en el plazo de un año, de las llamadas habituales. La principal preocupación rusa, según el delegado inglés, estaba claro que consistía en “desposeer al Occidente de las armas atómicas que le habían servido como defensa contra la preponderancia soviética en tropas y armas habituales”. Es interesante recoger esta declaración, porque procede del delegado británico y no del norteamericano y expresa la opinión general. De otro lado, frente a esta posición de Occidente, Vishinsky opone su violenta dialéctica y hace una declaración que muestra la preocupación soviética por la red de bases de que dispone Estados Unidos alrededor de Rusia y por los planes para el rearme de Alemania.

Hemos llegado a una situación en que todas las decisiones están dominadas por la consideración de este hecho fundamental: hay dos países, Estados Unidos y Rusia, que poseen la bomba “H” y que, bien sea por inercia de su propia política, bien por reacción, luchan por una hegemonía o por un equilibrio que les asegure la supervivencia. ¿Cuál es la repercusión de ese hecho en las relaciones internacionales?

La opinión expuesta por el Gobierno británico en su libro blanco sobre defensa es que este arma terrible es el más poderoso “disuasivo” contra la guerra porque se encuentra con gran superioridad en manos del mundo libre. Un arma tan formidable puede servir para obtener una paz duradera. Pero ¿cómo? Abolviendo su uso, posesión y fabricación y al propio tiempo imponiendo el desarme general. Hasta ahora los soviets no han dado pruebas de que estén dispuestos a aceptarlo. Los británicos piensan que, hasta que el mundo comunista esté preparado para aceptar ese sistema, la “Gran Alianza” debe construir y mantener su fuerza. En resumen: utilizar la superioridad actual para imponer un desarme y entre tanto armarse para ser siempre más fuertes. Esta posibilidad tiene un límite en el tiempo que Churchill (en su importante discurso del 1.º de marzo de 1955) ha calculado en tres o cuatro años, al cabo de los cuales “los soviets podrían estar lo bastante mal informados para embarcarse en una agresión mayor”. Este y otros datos hacen pensar en la posibilidad de que, con la bomba de hidrógeno se llegue a un resultado más grave que con la de uranio: que desaparezca en lo fundamental la supremacía del Occidente.

¿Qué se puede oponer, una vez terminada la paciencia y resquebrajada la unidad, a un bloque de países comunistas dirigidos por una sola política, que esté en condiciones de lanzar un ataque decisivo? No queda, pasado aquel tiempo, más que la esperanza de que el temor de una represalia sea

tan devastador que unos y otros, agresores y agredidos, queden prácticamente destruidos. Este argumento lleva a la lógica conclusión de que, por ambas partes, se espere el logro de una paz por el desarme. Anticipando esta conclusión se ha lanzado desde fuera y desde dentro del Occidente la consigna de la "coexistencia". Si se compara la relativa fuerza en armas atómicas y otras del mundo comunista y del que no lo es y se examina la historia de estos últimos años, parece claro que la "coexistencia" no es más que un instrumento en la política que Rusia sigue para que el mundo comunista domine en fuerza militar al resto del mundo y poder así imponer su hegemonía universal. La "coexistencia" ayuda como las quintas columnas, como las negociaciones internacionales sin resultado, como tantas otras cosas, a ganar el tiempo que necesita Rusia para conquistar países desde dentro y adelantar en armas y fuerzas al Occidente armado. El Caudillo, en sus declaraciones del 23 de marzo, ha dicho, a propósito de esa "coexistencia", que el hombre de buena fe no puede tener tratos con el criminal, porque, al descuidarse, en la primera ocasión encontrará la muerte.

Muchas otras son las relaciones internacionales afectadas por la repercusión más o menos directa de la posesión y reparto mundial de los instrumentos de guerra, debidos a la energía atómica: el neutralismo o tercera fuerza; el equilibrio en Asia, especialmente referido a las guerras de Corea o Indochina; la revolución económica y social que puede producir la aplicación de la energía atómica en las actividades de la industria y el transporte, y, consiguientemente, en el reparto mundial de fuerzas, etc., etc. Tampoco se puede ignorar, en un examen más completo de la cuestión, que la Gran Bretaña posee la bomba "U" y trabaja por tener la "H", así como que está bien adelantada en las realizaciones atómicas con fines pacíficos. (Véase el reciente libro blanco "A programme of nuclear power"). En general, todos los países se ocupan de la preparación de los elementos necesarios para producir la energía atómica con fines pacíficos, y con este objeto se perfilan interesantes colaboraciones internacionales. (En Ginebra la organización europea para la investigación nuclear, que integran doce países; en Noruega y Holanda un establecimiento conjunto; las bibliotecas, muy completas, que regala a varios países la Comisión de Energía Atómica de Estados Unidos y los trabajos de esta Comisión sola y en colaboración con empresas privadas. La oferta de Eisenhower para la constitución de una Igenia Internacional de Energía Atómica, con el fin de utilizar conjuntamente para la paz

los conocimientos y los recursos actuales, tropezó en un principio con la opinión soviética. Sobre la idea trabajan los demás países de la ONU.)

Más limitadas son las posibilidades de producción de los explosivos (en Francia se discute actualmente sobre el principio de si el Gobierno debe o no debe trabajar por la fabricación de la bomba "H"); a pesar de ello no se excluye la posibilidad teórica de que una bomba devastadora como la "H" llegue a ser tan fácil de producir como lo es actualmente la dinamita. Si se admite esa posibilidad no se puede dejar de aceptar como necesaria una organización de policía mundial que impida la fabricación o el uso de esas bombas. En un ambiente de colaboración podría ser algo así como la universalización de los acuerdos que se aplican a Alemania para su rearme y el mismo "pool" de la U. E. O. previsto en Londres y París.

Si en negociaciones que busquen esta solución se emplea tanto tiempo como ha sido necesario para lograr el rearme alemán, ¿cuál será entonces la situación militar de Rusia? No es ocioso resumir la fuerza que hoy tiene: contando los satélites, seis millones de hombres bajo las armas y enormes reservas; en el frente alemán el ejército soviético podría elevarse a más de 100 divisiones en menos de treinta días; en ambos frentes (Este y Oeste), los soviets y sus satélites pueden disponer de 400 divisiones en fuerzas terrestres. Si a ello se añade que no sólo producen la bomba "H", sino también, al parecer, artillería y otras bombas atómicas, así como bombarderos de largo alcance comparables a los americanos B-47, se comprende la preocupación declarada por la O. T. A. N. y el empeño de todos sus miembros por que se llegue pronto al rearme de Alemania.

El libro blanco británico sobre defensa dice al referir la fuerza del ejército soviético: "El uso de las armas nucleares constituye el único medio por el que se puede contrarrestar esa preponderancia de tropas bien armadas... Si no hacemos uso de todo el peso de nuestro poder nuclear, Europa puede apenas ser defendida..." Esta supremacía podría desaparecer al cabo de un cierto tiempo; parece suficientemente claro que, hasta ahora, Rusia ha buscado ese fin como el más importante de su política exterior. Para su logro ha empleado todos los resortes de su diplomacia y entre ellos, preferentemente, el de la negociación internacional, utilizando con eficacia la posición que tiene en las Comisiones y el Consejo de Seguridad de la O. N. U.

Las últimas noticias nos muestran a los soviets dispuestos a conversar en una gran Conferencia y a los occidentales deseosos de hacerlo y de llegar a un resultado que facilite el desarme. Una Conferencia fracasada es otro

camino que se cierra para la paz y no hay que hacerse la ilusión de un éxito si no se regula, sin escapatoria posible, un desarme efectivo. El tratado con Austria; la fijación de un procedimiento para celebrar elecciones en toda Alemania al cabo de cierto tiempo y hasta la negociación de un tratado de paz; las cuestiones de Formosa, Indochina y Corea, etc., etc., no serían más que expedientes favorables a la política soviética, cuya finalidad hemos indicado: ganar tiempo para alcanzar la paridad con el Occidente en armas atómicas. ¡Las supercherías y las falsas palabras de Sinón perdieron a Troya!

30 de marzo de 1955.

JOSÉ MANUEL ANIEL-QUIROGA

